rio, amarillo, marchito, próximo al supremo derrumbe.

Nunca, en los años que le había tenido á su servicio, había parado mientes en la belleza de Tomás. De veras, era un guapo mozo.. Y ahora recordaba que, de un modo vago, había sabido meses há, que Balbina tenía un pretendiente...; novio no, nadie se lo había dicho....Pero ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Tan pronto iba á caer del cielo donde se cernía? ¿Se desplomaba el mundo sobre su cabeza?

—No me importa el pasado, articuló don Salvador con voz sorda; el hecho es que Balbina y su padre me admiten, me han admitido ya, y que todo está arreglado entre nosotros. Tu pretensión es insensata..... No perdamos el tiempo en niñerías.

—Pero, señor..... objetó aún el pobre mancebo intentando detener á Orvañanos.

—Ea, si tienes algo que discutir, discútelo con ella. ¿Concibes que fuese yo quien le devolviese su palabra?.....Mira ¿conoces este anillo? (y mostró á Tomás el que le había dado la joven). Pues acabo de recibirlo de sus manos. En cambio, yo le he dado otro... Están celebrados nuestros esponsales, pese á quien pese.

La ostentación de su triunfo, devolvió á don Salvador un poco de la confianza perdida; así que, sin oir más de lo que Rincón le decía, subió rápidamente la escalera. El joven permaneció un rato indeciso mirando hacia el interior de la casa. Al fin, no hallando cosa mejor que hacer, se alejó con visibles muestras de desaliento, por las calles visitadas aún por el chubasco.

IV

Tan pronto como don Salvador entró en su alcoba, encendió la bujía. Antes de meterse en la cama, quiso imponerse de lo que decía la carta que Tomás había dejado en su poder. No la había olvidado ni un momento: le quemaba las manos. Temblando la acercó á la luz.... Era la letra de Balbina, no cabía la menor duda; la conocía bien, porque tenía de su puño tarjetas y recados, que guardaba como cosa santa.... Le entró una angustia infinita.

En aquellos momentos retumbó el trueno, un vivo relámpago inundó la estancia y una recia bocanada de aire apagó la llama de la bujía y cerró de golpe los cristales.

Don Salvador se sobresaltó, como si hubiese oido una voz salida del abismo. Acercóse á tientas al balcón, corrió los pasadores y volvió á encender la bujía.

CAPILLA ALFONSINA

Hé aquí la carta de Balbina:

"Tomás:

"Será ésta la última carta que te escriba. Tiene por objeto anunciarte nuestra eterna separación.

"Para que no me creas mala y coqueta, voy á ser franca contigo. Te dejo para casarme con don Salvador Orvañanos. Bien sabe Dios que no me lleva á ese enlace un interés egoista y que no vendo este pobre corazón que ha sufrido tanto. Me caso por asegurar la suerte de mi padre, por dar años de paz y contento (los últimos que ha de pasar á mi lado) al autor de mis días.

"Nuestra pobreza va en aumento y se hace más angustiosa á cada instante; hemos tenido que prescindir de muchas cosas por falta de recursos, y mi pobre padre, mutilado y anciano, sufre de un modo espantoso en nuestra decadencia. Es verdad que me quieres, y no dudo partirías con nosotros cuanto tuvieses; pero ¡tienes tan poco y tan pocas esperanzas de aumentarlo, que tu corto salario, unido á nuestros recursos, no podría servirnos para sacarnos de ningún ahogo!

"Por eso me he decidido á admitir las proposiciones de don Salvador.... Por de contado que mi padre no se da cuenta del móvil que me guía. Se lo he ocultado de propósito; si llegase á penetrarlo, antes se dejaría morir de hambre y de miseria, que consentir en mi matrimonio.

CAPILLA ALFONSINA

"Pero no creas, tampoco, que me sacrifico. El señor Orvañanos, aunque anciano, es un gran caballero, inteligente, bueno y noble. Siento por él una sinpatía sincera. No voy al altar con repugnancia, ni me aflige la idea de vivir al lado de ese señor, cuya alma infantil y cariñosa, contrasta apaciblemente con los estragos de la edad. Creo que hallaré á su lado honra, consideración y ternura; esto me basta; y aun haré lo posible por tornar mis sentimientos para él, en amor del corazón. Mucho le he de pedir á Dios que me lo conceda.

"No me contestes, no me veas, no insistas en nada; todo sería inútil. Respétame desde ahora, si me has querido un poco. Me lastimarías hasta lo más profundo, si algún día, á pesar de mi enlace, te atrevieses á verme con insistencia. Entonces te despreciaría y te odiaría; te creería malo, y me persuadiría de que nunca me hubieses querido.

"Seré honrada y buena para don Salvador, y he de procurar hacerle dichoso por cuantos medios estén á mi alcance. Aguardo que Dios me premie dándome paz y alegría.... Al menos, me cabrá la íntima, la inefable satisfacción de haber dado un poco de felicidad á dos an-

cianos buenos, que me han querido tanto: mi padre y el señor Orvañanos.

"Adiós, pues, Tomás; adiós para siempre.

"BALBINA."

Con lágrimas en los ojos acabó don Salvador la lectura de la carta. Sí, aquella era la verdad, no había la menor duda. Balbina no le quería; le estimaba. No se casaba con él por amor; sino por pobreza, por abnegación de hija heróica. ¿Cómo había podido él, Orvañanos, pensar otra cosa? ¿Cómo pudo llegar á imaginarse capaz de inspirar amor, á su edad, y á una niña tan tierna? ¿No había sido una insensatez, una locura, admitir la realidad de una dulce correspondencia, de parte de aquel corazón apenas núbil?

La culpa se la tenía él, que se había dejado arrastrar por aquella inclinación extravagante, y había llegado á admitir como natural, lo incongruente, lo ilógico, lo absurdo. En puridad, no tenía nada de qué quejarse. ¿Le había engañado Balbina? No, pues nunca le había dicho que le amase; lo único que le había expresado, era que le aceptaba por esposo. Y él mismo no se había atrevido á interrogarla acerca de sus sentimientos, por cobardía, porque comprendía por instinto, que allí estaba el peligro, que por

CAPILLA ALFONSINA

allí podría flaquear la torre de sus sueños.

Balbina, pues, le estimaba; iba á casarse con él llena de buenos propósitos y favoreciéndole con su simpatía....; pero no le amaba. A Rincón era á quien quería, y sólo se apartaba de él para remediar la situación de su padre. ¡Qué fría, qué dolorosa, qué humillante era, en asuntos de amor, la palabra estimación! Ese afecto no nace del corazón, sino de la cabeza; no es obra de la inclinación, sino del raciocinio. ¿Para qué le servía eso á él, que buscaba el fuego del alma, la grandeza de la pasión y la miel de la ternura? Aprecio.... se lo había tenido todo el mundo, su honradez se lo había conquistado. Una estimación más ó menos, entre las incontables, que le cercaban.... no valía nada para él, no le lisonjeaba en lo más mínimo. Por consiguiente.....

¡Mas separarse de Balbina y decirle adiós para siempre, cuando le había aceptado por marido y estaban ya concertadas las bodas!..No podía ser tampoco. Ya que las cosas se hallaban tan adelantadas, no había para qué detenerlas: era forzoso llevarlas hasta el fin. Enamorada ó convencida, el hecho era que Balbina iba á caer en sus brazos, y que la tendría en su casa como una aurora, co-

mo un sol, como una gloria... Y pasaría él, como en éxtasis, los pocos aaños que le quedaban de vida, siempre á los pies de su amada, siempre rindiéndole el homenaje de su amor, tributándole siempre el culto de su idolatría...

... ...

¡Pero contentarse con la forma de aquel sér, y no poseer su alma! ¡Abusar de su fortuna para inmolar á aquella infeliz en aras del egoísmo! ¡Hacer desdichada á esa pobre criatura, so pretexto de quererla!

Así se devanó los sesos Orvañanos aquella noche cruel, entretanto que el viento rugía por la parte de afuera, y que, abiertas las cataratas del cielo, no cesaba la tempestad de verter torrentes de lluvia sobre la tierra.

Y lleno de mortal angustia y de indecible tristeza, fué viendo con visión interior, caer una por una todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, todas sus dichas; como quien mira la propia casa, los almacenes cargados de mercancías, las fábricas gigantescas, toda una inmensa fortuna, presa de terrible conflagración, y, envuelta en llamas humeantes, desplomarse á pedazos con fracaso espantoso, dejando el suelo cubierto de míseras pavesas. En el fondo del corazón, aquel rey del negocio, aquel hombre poderoso á quien miraba la ciudad

CAPILLA ALFONSINA

con envidia y respeto, sentía palpitar esa angustia triste y dolorosa que se llama abandono. ¡Era un infeliz, era un paria, y tenía en su torno la soledad del naufragio!

Imposible rehacer su vida; ya la había vivido, toda quedaba á su espalda. Inútil abrigar esperanzas; como las mariposas de pintadas alas, habían pasado las suyas con la primavera de la juventud. Nada podía resarcirle de lo que perdía; carecía de fuerzas para comenzar de nuevo la lucha. Si se hubiese sentido joven, habría podido abrigar la ilusión de curar sus heridas con alguna impresión nueva. Vasto es el mundo, y prosperan en sus climas diversos, como flora variada, múltiples bellezas de tipos divinos. Tropieza el peregrino por donde va, con mil admirables mujeres que hacen palpitar su corazón, y á cuyo lado podrían realizarse los más embriagadores idilios. Difícil es contener la inclinación y reducir el número de las adoraciones de un modo razonable; ¡pero no hallar hermosura, ni atractivo, ni ternura correspondida! Salir del terruño, tender la vista por el horizonte y recorrer ciudades, provincias y comarcas, es ir dejando pedazos del corazón por el camino, como las aves sus plumas al surcar el espacio.

Don Salvador no tenía siquiera ese recurso; ó al menos así lo creyó, encadenado á la pasión que le dominaba. Para él no había más que una mujer. Balbina; más que una belleza, la de Balbina; más que una adoración, la de Balbina. Así son los enamorados: cierran los ojos para no ver, los oídos para no escuchar, y el alma para no sentir; y se encierran dentro de su éxtasis, como en su tema los enajenados, sin fijar los ojos en las bandadas de ángeles que pueblan la tierra, y pasan cantando en torno de los hombres. Así Dante, subyugado por Beatriz, no tuvo versos para las bellas florentinas de su tiempo; ni Petrarca, absorto en la contemplación de Laura, supo estimar los hechizos de las vírgenes de Aviñón, que le miraban con ternura.

No había más que dos caminos: ó dejar á Balbina para siempre, ó casarse con ella á pesar de todo. Lo primero era imposible; infame lo segundo. ¿Qué hacer?

Tendió los ojos al porvenir. ¡Qué páramo, sin la compañía de la joven! ¡Seguir viviendo solo, en aquel palacio de salas enormes, blandos tapices y pesados cortinajes, paseándose como sombra por los aposentos, sin interlocutor, sin confidente! ¡Qué soledad tan tétrica! ¡Qué frío tan doloroso! Aquella soledad y aquel frío se le metían por las venas,

CAPILLA ALFONSINA

circulaban por su sangre y le congelaban el corazón.

Antes de conocer á Balbina, no hallaba su situación intolerable. Habituado al aislamiento desde joven, apenas lo echaba de ver; pero después de haberla hallado en su camino, después de haber inundado sus ojos con la luz de su rostro y el corazón con la esperanza de su cariño; después de haberse familiarizado con la idea de llevar á sus hogares aquella inmensa alegría, aquella eterna fiesta (la presencia de su amada), érale ya imposible conformarse con la idea del silencio y del abandono de otros tiempos. Su corazón, aferrado á aquel hondo afecto, no podía perderlo sin desgarrarse, como no es posible, sin destrozarlos, arrancar el harpón á los peces que lo llevan clavado.

—Nó, nó, decía en voz alta, sollozando y llevándose las manos al pecho; ¡eso nó, es imposible!

Y cogido entre dos ideas contrarias: la del deber, que le aconsejaba volver su libertad á la joven, y la de la pasión, que no le permitía prescindir de Balbina, se sentía tan temeroso y atormentado, como si se mirase al borde de la tumba. Si hubiese sido un hombre vulgar, de esos que se ven á diario; uno de esos viejos inmundos que se compran mujeres sin escrúpulo, como cualquier mercancía, me-

nospreciando su propio decoro y sacrificando la dicha de ellas, no se habría preocupado en lo más mínimo. Pero, muy lejos de eso, era un idealista, era un corazón puro y honrado; y había soñado, no un mero tráfico, sino un amor compartido, una dicha infinita arraigada en dos almas simpáticas. La llama de la ternura que había guardado en el corazón como fuego sagrado, había hecho explosión al fin, si bien demasiado tarde; pero eso no impedía que se hubiese convertido en una hoguera, viva, roja, inmensa. Cuanto más tardío había sido su despertar á aquellas emociones inefables, había sido también mayor el esfuerzo con que se había levantado su pasión; como los resortes que reaccionan con mayor violencia, cuando han estado oprimidos por más largo tiempo. Y su alma, dolorida, se asía con desesperación á aquel amor de sus amores, primero y último de su vida, con la desesperación del náufrago, que se coge á la tabla que ha de salvarle.

Así, pensando y discurriendo, resolviendo, dudando y comenzando de nuevo su meditación, como Penélope su tela, aquel anciano acongojado, apeló como último recurso al de las lágrimas, y se echó á llorar como un niño sobre la carta de Balbina. Algún tiempo después, cuando fueron puestas en orden sus co-

CAPILLA ALFONSINA

sas, fué hallada esa misiva sobre una mesa, medio borrada por patéticos rondeles de lágrimas. Ellas revelaron más tarde á cuantos las vieron, los hondos sufrimientos de aquel mísero y buen anciano.

VII.

Más de la media noche sería, cuando volvió en sí Orvañanos, sacudido de pies á cabeza por un frío agudísimo. Creyó de pronto que se hubiesen abierto los cristales; pero habiendo acudido á cerrarlos, vió con sorpresa que no había tal. Entonces recordó que no se había cambiado las ropas. El coloquio con Tomás Rincón, la lectura de la carta de Balbina y las luchas y los tormentos que habían embargado su espíritu después, le habían hecho olvidarse de hacerlo.

Comprendió que el frío que le sacudía, no venía de afuera, sino de adentro, y se metió en el lecho, temblando como azogado y castañeteándole los dientes. Así continuó durante largas horas, sin que bastasen á hacerle recobrar el calor, colchas, cobertores, ni edredones, que se echó encima con mano ansiosa; debajo de aquel hacinamiento de ropas, seguía helado y tembloroso, como si estuviese en el polo.

Cuando, al fin, hubo pasado el calo-

frío, llegó la fiebre recia, aguda, rápida; y su cuerpo se convirtió en plancha seca y ardiente. Tuvo sed insaciable; á cada instante alargaba la abrasada mano á la garrafa del buró, y los largos sorbos de agua que bebía, no aliviaban su martirio. Y se revolvía en el lecho como en un potro, atenaceado por dolores indecibles, embargada la respiración, y tosiendo á cada paso dolorosamente.

Y mientras su pobre organismo se retorcía acongojado, no cesaba su espíritu de seguir repasando los intrincados problemas en que tanto había trabajado, ni su corazón de sentirse despedazado por las mismas angustias que acababan de herirle. Troncoso, Balbina, Tomás, la lejana casita, la huerta, el sol poniente, los píos de los pajarillos, los relámpagos, el chubasco, los estampidos de la tormenta; todo iba pasando y repasando por su imaginación en ronda interminable, abrasándole el cráneo y desgarrándole las entrañas.

Solía tener visiones halagüeñas. Miraba á Balbina vestida de blanco, coronada de azahares y cubierta con el velo nupcial. Y contemplaba el altar, y sobre él las velas benditas chisporroteando con fulgor misterioso. Una alegría infinita le llenaba el corazón, y se sentía triunfante é inmensamente dichoso. Pero luego caía un velo que ocultaba aquella es-

CAPILLA ALFONSINA

cena, y se hacía una obscuridad espantosa. Y en medio de ella, como iluminada por luz fosforecente, miraba la faz de Rincón, su rival, interponiéndose entre él y Balbina; y oía un estrépito ensordecedor, semejante al de un huracán que pasase sobre el orbe; y luego un inmenso derrumbe en el cual todo se hundía; él, Troncoso, Tomás y Balbina, el universo entero, todo lo que ha criado Dios en el cielo y en la tierra.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando á la mañana siguiente acudió alarmada la servidumbre á la alcoba de Orvañanos, á horas en que éste no acostumbraba quedarse en el lecho, le halló hundido en alarmante delirio. Llamados los doctores, declararon que la terrible dolencia radicaba en los órganos respiratorios, y que ambos pulmones se hallaban espantosamente invadidos por la enfermedad.

—El caso es grave, dijeron, y la edad no nos ayuda. Haremos cuanto esté de nuestra parte; pero tememos un desenlace fatal.

Orvañanos se dió cuenta de todo, en sus ratos lúcidos, y manifestó un júbilo infinito por el diagnóstico. ¿Para qué quería la vida? Era una carga inútil. Los fieles criados que le atendían, oyéronle decir frecuentemente:

—Es lo mejor que puede suceder. ¡La solución! ¡La solución!

El curso del tiempo, en vez de traer algún alivio al paciente, fué acrecentando su mal de un modo rápido. Cada día fué perdiendo terreno la ciencia y ganándolo la enfermedad. Cada día fueron disminuyendo los recursos de la medicina y debilitándose más y más las fuerzas del enfermo. ¿Moría de un accidente ó por causas más hondas y radicales? ¿Le mataban la pulmonía ó su desdicha? Sólo Dios puede saberlo. El caso es que nadie ha muerto con mayor alegría que aquel pobre anciano.

Llegó el momento terrible de que anunciasen los doctores su último fin, y no quedó por hacer más que prepararlo para el tránsito. El notario y el sacerdote reemplazaron á los médicos. Nadie tuvo fe ya en la farmacopéa; el destino de don Salvador quedó sólo en las manos de Dios.

Espiró el anciano una semana día por día, después de aquella tarde encantadora en que había recibido el sí de su adorada Balbina, y en que todas las ilusiones de su vida habían hecho explosión en su alma beatífica. Una tarde, una sola tarde de su larga existencia, había sido completamente dichoso.

CAPILLA ALFONSINA

VI.

Cuando los albaceas recibieron de manos del notario el testamento de don Salvador, leyeron con asombro la cláusula siguiente:

"Instituyo por mis únicos y universales herederos, por partes iguales, á la señorita doña Balbina Troncoso y al joven don Tomás Rincón; bajo la condición de que se casen dentro de un año después de mi muerte. En caso de no hacerlo así, pasarán mis bienes á mis parientes más próximos."